

Pedras

GIZEH

Y

ALEJANDRIA

Meditación doble.-

Una de las preocupaciones de los filósofos actuales es la técnica. La técnica, engendró devorando al hombre; el obrero anónimo en masa y la producción en cadena. Cuando visitamos Gizeh y cuando el tren nos hace contemplar el desfile inmóvil de las pirámides, sin querer, nuestra mente recae en la meditación de la técnica. Bien miradas, las pirámides son creación de la técnica, no del arte. Ayudados de la imaginación revistamos las actuales pirámides de lisas vertientes de mármol, dejemos al sol poniente sacar reflejos a esta gigantesca piedra tallada de cuatro facetas; ni aun así llega apenas a la categoría del arte. Esa masa brutal, despiadadamente geométrica, es un alarde de técnica. Y así nos la presentan los tratadistas: perfección en el trazado del cuadrilátero, exactitud de las aristas, admirable ensamblaje de los bloques de piedra.

El que los ingenieros egipcios de hace cuarenta y cinco siglos no conociesen la polea, no invalida el sentido técnico de la construcción. Porque los procedimientos técnicos son relativos. Actualmente nos impresiona lo que hicieron los romanos sin conocer la electricidad. Dentro de unas decenas se maravillarán de lo que hicieron nuestros abuelos sin conocer el cerebro electrónico. Más tarde se compadecerán de nuestros trabajos de ingeniería, realizados sin usar la fuerza atómica. La técnica evoluciona, pero sus leyes inhumanas perduran. Y si lamentamos los abusos de la técnica moderna, no es para exta-

siarnos ante la brutalidad incomparable de la técnica antigua.

"Producción en cadena". Una cadena de pirámides testimonian el procedimiento. Anonimato del obrero productor en masa. Echemos cientos de miles de hombres tallando las piedras en las canteras. (Hemos visitado las canteras de Assuan, para apreciar las huellas del terrible trabajo). Miles de hombres transportándolas Nilo abajo, elevándolas con sogas por aquellas rampas de arena; más cruel anonimato no se puede imaginar. Al fin y al cabo, nuestro anónimo obrero moderno disfruta muchas veces de sus producciones, siquiera indirectamente; la deshumanizada masa moderna está produciendo una serie de objetos útiles, confortables, que suavizan la existencia o la complican dulcemente. La antigua masa anónima sudaba para erigir una morada al rey difunto; morada sin aliento de inspiración, sin gracia de humanismo. Casi homenaje, árido de emoción, a la muerte, como pura fuerza geométrica. Para mí las pirámides son una dolorosa maravilla técnica.

Arte frente a técnica.-

Detrás de un guía descalzo, que gana sus piasstras conduciendo a turistas animosos, he ido trepando los arduos escalones de la pirámide hasta llegar al rellano último. Y he visto una puesta de sol en el desierto: hermoso puesto de observación en un paisaje plano. Pero esto no se les ocurría a los antiguos ingenieros; al contrario hubiera sido una profanación de la pirámide. El Faraón estaba dentro, bien escondido; y estaba muerto. Los antiguos egipcios contemplaron sólo estirarse de aquella sombra inanimada, ligeramente incisiva, por los reinos de la arena.

Hay una cosa que me reconcilia con aquellos antiguos habitantes del valle del Nilo. En las numerosas tumbas o mastasbas de Saqqara he contemplado encantadoras y vivísimas escenas familiares, trabajos manuales, desfiles de hombres y animales. Todo ello grabado, o en relieve, o en preado con verdadera intuición artística, con cariño por el detalle expresivo, con gusto por la estilización armoniosa. Dentro de estas mastasbas, que me han brindado un poco de sombra fresca en el mediodía feroz del desierto, he sentido al antiguo artista como un verdadero hermano. No me ha costado emocionarme con lo que él le emocionó; he sentido el contacto de la vida común, de la humanidad común, y el sepulcro me ha

parecido la cosa menos sepulcral imaginable; he sentido eso que casi nos suena a tópico, y es que es una enorme verdad: la vida perdurable del arte.

En cambio, las pirámides son para mí la cosa más sepulcral y trágica posible: muerte geométrica de un faraón y muerte dolorosa de muchos obreros. De hecho, en mi última mañana libre, no he ido con otros compañeros a sacar fotos de los pirámides con la luz propicia. He preferido encerrarme en la penumbra del museo para convivir con los verdaderos artistas del antiguo Egipto; sus verdaderos genios creadores que siguen viviendo, aunque no hayan esculpido su nombre en piedras y relieves.

Y no arguayamos como mérito de las pirámides el que hayan pervivido. Así ya se puede. Que perdure una espiritual bóveda gótica que yergue su nervatura sobre columnas esbeltísimas es un mérito indiscutible. Mérito que reconozco gustoso a los templos de Karnak. Que perdure la mole del Palacio Ducal de Venecia sobre la doble serie de columnas graciosas e ingravidas es un mérito y una delicia de los ojos. Que perduren dos millones de metros cúbicos de piedra sobre la arena no tiene ni mérito ni gracia. Desde luego, le cuesta mucho menos trabajo perdurar a la mole inerte de granito que a la palmera esbelta. Las muchas piedras, aunque montadas geométricamente, todavía no exceden lo inerte.

El contraste de Alejandría.-

He sentido un contraste tremendo cuando he visitado Alejandría. Allí hubiera querido visitar y besar mil recuerdos. Es incalculable lo que significa para la cultura occidental la ciudad de Alejandría. Primero la escuela alejandrina, recogiendo y propagando las grandes creaciones culturales del espíritu griego y dilatando su impulso. Baste recordar algunos nombres cargados de significación: Demetrio Falereo fundador de la Biblioteca, Euclides, Apeles, Eratóstenes el geógrafo, Calímaco, Teócrito, Apolonio de Rodas, con un ejército de estudiosos. La herencia griega nos viene en gran parte a través de Alejandría. Y de todos estos recuerdos queridos no hemos encontrado ninguna huella material en la ciudad: a lo más algún nombre de calle, como homenaje sencillo. Ni el Faro, ni la Biblioteca, ni el Museo han dejado traza material permanente, ni siquiera puede el turista concederse el consuelo de mirar un espacio acotado y decir "aquí estuvo".

Saltando de la época helénica al cris-

trianismo, los recuerdos se multiplican. Sin olvidar la traducción de la biblia hebrea al griego, hecha por los alejandrinos, bastará citar nombres como Panteno, Orígenes, Cirilo, Atanasio. Para la cultura cristiana el nombre de Alejandría está repleto de recuerdos. Pero ninguna traza material han dejado aquellos genios.

Y esta ausencia de huella ha sido el tema de meditación en la ciudad; con el contraste próximo de las pirámides. La huella espiritual de Alejandría persiste en todo el mundo culto, difundida capilarmente por todas las manifestaciones de la vida humana; y persiste como una fuerza que se ha ido desarrollando, o como un depósito de posibilidades al cual se vuelven los ojos y la mente en momentos críticos.

Una sombra gigantesca, viva y benéfica, proyectan los genios de Alejandría, opuesta a la sombra aplastada y muerta de las pirámides. Por ello, la ausencia de recuerdos palpables en Alejandría me ha parecido una intensísima lección de cultura.

Una antigua opinión egipcia.-

A su manera, lo había sentido el anónimo escritor egipcio que cantó la gloria del escriba autor de libros, oponiendo éstos a las pirámides.

"Ahora bien, si hicieras estas cosas, serás consumado en el arte de escribir. Los sabios escribas que vivieron después de los dioses que predecían el porvenir, dejaron un nombre perdurable; aunque pasaron, llenaron sus vidas, mientras que todos sus parientes han sido olvidados.

No se alzaron pirámides de metal ni tumbas de hierro. No tuvieron herederos que pronunciasen su nombre entre sus hijos, sino en sus escritos y en los sabios libros que compusieron. El papiro fue su sacerdote, el tablero su hijo amado, los libros sabios sus pirámides, el lápiz rojo su hijo, la piedra de grabar su esposa. Grandes y pequeños fueron hijos suyos.

Otros construyeron para sí portones y edificios, que se han derrumbado. Sus honras fúnebres han pasado; sus losas sepulcrales están cubiertas de polvo, sus tumbas olvidadas. En cambio el nombre del escriba se sigue pronunciando por los sabios libros que escribió; porque eran buenos y su memoria dura perpetuamente.

Hazte un escriba, propóntelo en tu corazón, para que tu nombre sea como el de ellos. Más eficaz es un libro que una lápida grabada o una tumba

erigida. Se alzan tumbas y pirámides para que sus nombres sean recordados. Y sin duda, en la boca de los hombres es un gran beneficio. Pero el hombre perece, su cuerpo se vuelve polvo, sus parientes bajan a la fosa. Sólo la escritura hace que sea recordado en la boca de quien recita. Más eficaz es un libro que la casa que edifica el constructor de tumbas. Mejor que un palacio sólido, o que una estela en un templo.

...Los hombres sabios anunciaron el porvenir, lo que anunciaron se cumplió, y estaba registrado en sus libros. Los hijos de otros pueblos vinieron a ser sus herederos, como si fueran sus hijos propios. Aunque ha desaparecido, la escritura es quien hace que se les recuerde. (1.000).

El caso de la Biblia.-

Desde Alejandría podemos extender nuestra meditación a ese pueblo del Antiguo Testamento que venimos persiguiendo en nuestro viaje. Los judíos construyeron una vez un templo magnífico, que emulase o imitase a los de Babilonia; y en el templo ponían una confianza mágica. (Algo remotamente parecido hacían los faraones con sus pirámides). Y Dios permitió que el templo fuera arrasado por el general de Nabucodonosor. Volvieron a edificar otro más modesto, acrecido por reyes posteriores; y le glorificaron como algo indestructible; y consideraron una blasfemia el decir que podía ser destruido. Pero la ruina total anunciada por Jesucristo, se cumplió enteramente. Las piedras no eran la base de aquella cultura religiosa, ni siquiera era el templo la clave de la religión. En cambio, aquellos mismos hombres levantaron en generaciones sucesivas un monumento escrito: la Biblia. Muchos rabinos se empeñaron en falsearla con arbitrarias interpretaciones; pero Dios no permitió que la tocasen en la sustancia, y por su medio nos conservó a nosotros el texto sagrado. Después vinieron los emperadores romanos, que exigían la entrega de los libros sagrados; muchos ejemplares fueron quemados; pero Dios no permitió que se perdieran los libros escritos por El mismo. Tampoco faltaron comentaristas modernos empeñados en destruir el hondo sentido espiritual y religioso de este monumento escrito; tampoco lo permitió Dios. Y no lo permitirá nunca; porque este monumento espiritual, que no tiene necesidad de piedras, proyecta también su ancha sombra benéfica sobre nuestra religión. Y alrededor del supremo núcleo religio-

so, nos habla con un lenguaje humano, directo y asequible. Perdura con el valor eterno de la religión, y con el valor duradero del arte.

Una opinión bíblica.-

Unos mil años más tarde que el autor egipcio, también el autor sagrado habla de las excelencias del escriba, que estudia y comunica a otros su sabiduría:

"Ecli 38, 25. La sabiduría del escriba se acrecienta con el bienestar, pues el que no tiene otros quehaceres puede llegar a ser sabio... (35) Todos estos (artesanos) tienen su vida fiada a sus manos, y cada uno es perito en su arte. Sin ellos no podría edificarse una ciudad. Pero ni viajan por países extraños, ni se pasean por las plazas, ni se levantan en las asambleas, ni se sientan en la silla del juez, porque no entienden las ordenanzas de las leyes, ni son capaces de interpretar la justicia y el derecho, ni se cuentan entre los que inventan parábolas.

(39) Muy de otro modo el que aplica su espíritu a meditar en la ley del Altísimo. Investiga la sabiduría de todos los antiguos, y dedica sus ocios a la lectura de los profetas. Guarda en la memoria las historias de los hombres famosos; penetra en lo intrincado de las parábolas: investiga el sentido recóndito de los enigmas, y se ocupa en descifrar las sentencias oscuras. Sirve en medio de los grandes, se presenta ante el príncipe; recorre tierras extrañas, para conocer lo bueno y lo malo de los hombres. Madruga de mañana para dirigir su corazón al Señor que le creó, para orar en presencia del Altísimo. Abre la boca en la oración y ruega por pecados. Y si le place al Señor Soberano, le llenará de espíritu de inteligencia. Como lluvia derrama palabras de sabiduría, y en la oración alaba al Señor. Dirige su voluntad y su inteligencia a meditar los misterios de Dios. Publica las enseñanzas de su doctrina, y se gloriará en conocer la ley de la divina Alianza. De muchos será alabada su inteligencia y jamás será echado en olvido. No se borrará su memoria, su nombre vivirá de generación en generación. Los pueblos cantarán su sabiduría y la asamblea pregonará sus alabanzas. Mientras viva su nombre será ilustre entre mil, y cuando descanse, crecerá aún más su gloria.

LUIS ALONSO SCHOKEL, S. J.